



Fronteras del afecto. Pensar las emociones en la construcción de subjetividades en prisión

Lorena Méndez

Brian Whitener

Resumen

Gran parte del texto que les compartimos es una reflexión que hicimos en el año 2006 después de nuestra experiencia de trabajar junto con los presos del Centro de Readaptación Social Varonil de Santa Martha Acatitla CERESOVA en la Ciudad de México. Y este año para su publicación en la revista hemos vuelto a la reflexión con la colaboración de uno de nuestros compañeros de la colectiva «La Lleca» que estuvo preso durante siete años y trabajo con nosotros los últimos tres años de su estancia en la cárcel

Palabras clave

Identidad, Reclusión, Lo otro, Acompañamiento, Centros de Readaptación, Afecto y Delincuente



Gran parte del texto que les compartimos es una reflexión que hicimos en el año 2006 después de nuestra experiencia de trabajar junto con los presos del Centro de Readaptación Social Varonil de Santa Martha Acatitla CERESOVA en la Ciudad de México. Y este año para su publicación en la revista hemos vuelto a la reflexión con la colaboración de uno de nuestros compañeros de la colectiva «La Lleca» que estuvo preso durante siete años y trabajo con nosotros los últimos tres años de su estancia en la cárcel.

En el grupo de investigación al que yo pertenecía en la facultad de bellas artes en la Universidad de Barcelona en el año 2000, y que estaba coordinado por Fernando Hernández Hernández, estudiábamos acerca de la construcción de las identidades adolescentes en un momento en el que se estaba re-pensando la construcción del individuo en la sociedad contemporánea. Parecía que en ese entonces, hace casi una década, el tema de la identidad resurgió en la crítica y teoría cultural (léase en este caso estudios culturales, estudios de cultura visual, antropología social, etc.), pero se retomo con mayor interés en los ámbitos de investigación de las artes visuales, y en especial en el de la educación artística.

Nos acercábamos a la identidad como un fenómeno en constante movimiento «construido y transformado continuamente en relación a las formas por las cuales somos representados e interpelados en los sistemas culturales que nos rodean» (Hernández, 1998-1999; 25). Entendí que la identidad había sido definida en la modernidad como ese lugar unificado, centrado y único; y que pasados los 80s, en la postmodernidad, se habían delineado oposiciones tales como: lo fragmentado frente a lo unificado, lo disperso frente a lo centrado, y lo múltiple frente a lo único. Que abrían la discusión sobre la «identidad» desde otra perspectiva, menos cerrada: no acabada. Pero que quizá ahora nos damos cuenta, seguía (y sigue, aún cuando la discusión parece estar centrada ahora en la idea de «subjetividad») objetivando las experiencias de vida, colonizando a través del lenguaje la conformación, desactivando las capacidades transformativas de los sujetos. Parecía que la idea de la globalización, de los localismos y la idea de lo «otro» eran ahora el interés de este nuevo proyecto de vida económica, política y social en la postmodernidad.

Las reflexiones que Brian, y yo hemos ido discutiendo para presentar este apunte, no sólo forman parte del intento de teorizar sobre la conformación del sujeto y su identidad, sino que también nos sirve para trabajar en un conocimiento vivo, es decir construir un saber que nos permita desarrollar la propuesta de intervención artística que hemos estado trabajando. Más que certezas sobre el tema de la construcción de identidades en reclusión, tenemos grandes preocupaciones que vivimos en nuestro acompañamiento con los hombres que dejan la cárcel y que vuelven a ella de manera irremediable y muy a nuestro pesar.



Queremos entrar al tema con una cita de Carmen Luke del año 1999 en la que nos invita a pensar en la identidad no como algo fijo sino como un acontecimiento, una forma de resistencia (cito):

(...) lucha por el lugar, la identidad y, en realidad, la supervivencia -este aprender a construir el yo en relación con unos discursos que se solapan y a veces congruentes y, a menudo, contradictorios que se combinan de distintas maneras para restringir y facilitar las posiciones e identidades del sujeto- constituye la misma esencia de la vida cotidiana para las personas en las condiciones que ahora se llaman «postmodernas» (Luke, 1999:26).

Nos referiremos a tres tipos de identidades; a las identidades que se solapan, a la búsqueda de lo otro que está dentro de nosotros mismos, y al tipo de identidad que se construye desde la institución cárcel.

Entendemos que la identidad no es una posición fija, sino que puede tener transformaciones y cambios. Nos referimos a la identidad como la suma de todas las posiciones que ocupa una persona en un momento determinado. Estas posiciones conforman un compromiso y un trabajo emocional que es sumamente complejo, porque no sólo tiene que ver con el cumplimiento de normas sociales sino con los afectos y las emociones también. Con identidades que se solapan hacemos referencia a dos o más posiciones encontradas, encimadas, con pensamientos y discursos que se contradicen.

Dentro de un centro de reclusión un porcentaje importante de los presos provienen de una vida precaria y de condiciones paupérrimas. Como me comentó en nuestro primer encuentro la directora del CERESOVA María Esmeralda Vázquez Osorno, los centros de readaptación muchas de las veces funcionan como albergues¹ para quienes tienen una situación de extrema pobreza en nuestro país. La experiencia de sobrevivir el día a día en la calle va a ser indispensable para sobrevivir la cana (cárcel). Quienes están en la prisión tienen que tener la suficiente fortaleza para entrar a una dinámica de constante lucha de poderes. No puedes demostrar bajo ninguna circunstancia temor y debilidad. Esto significa que la persona presa está forzada a pasar por encima de los otros y otras si quiere sobrevivir y que la respeten (pareciera que no existe mucha diferencia entre las relaciones en la cárcel y las construidas en una sociedad capitalista). Muchas personas en reclusión exigen ser respetados, aún sabiendo que el pan de cada día en la cárcel es el abuso constante, por ejemplo: de los que ya tienen más tiempo en reclusión sobre los que van llegando. Los abusos van desde una buena paliza, hasta las peores agresiones corporales y sexuales: por

¹ Nosotros creemos que la palabra albergue esta relacionada con un espacio donde se acoge a personas que se han quedado en la calle por algún fenómeno natural, o bien que se vincula con medidas de supuesta responsabilidad del estado con problemáticas sociales. La cárcel nos parece que es un espacio de represión y esconder para aquellos que no saben acomodarse a las formas de vida dentro del capitalismo en su estado actual, y no un espacio que resulte de una situación específica emergente.



supuesto despojarlos de los pocos objetos que tienen, en el caso de los que cuentan con la suerte de que alguien vea por ellos. Porque si no es así, entonces existe otra manera de pagar la «hospitalidad», están los trabajos forzados como por ejemplo: lavar la ropa y ser el esclavo del resto de los ocupantes de una estancia, como llama la institución a la celda.

La mayoría de hombres en reclusión entienden la idea de «poder» y de no demostrar bajo ninguna circunstancia temor y tampoco piedad. La práctica de una posición de fortaleza permanente los lleva al aprendizaje de la sobrevivencia en situaciones de violencia, agresiones y humillaciones dentro de la cárcel. Es decir aprenden a vivir en situaciones extremas de vigilancia y violencia de todo tipo, mental y física. Al dejar la reclusión me refiero al cumplimiento de su condena (en términos legales), la mayoría de hombres regresan a la cárcel en parte por razones económicas, políticas y sociales, relacionadas con la inexistencia de un lugar para ellos en sus familias y en la sociedad. Y porque además se han desvinculado a la vida de afuera. Nos referimos a hombres que han estado en reclusión de tres a más años. Su lenguaje, su mirada y sus pensamientos están anclados a una vida demasiado compleja para entenderla. La familia (en el caso de quienes la tienen) difícilmente puede comunicarse con ellos a su salida. En muchos de los casos se les exige que comiencen lo antes posible a trabajar para pagar los daños económicos causados a los parientes. Estos, no puede entender que ellos vengan de un mundo extra-ordinario, con otro modo de vida, y que es necesario iniciar un proceso de comunicación en donde la comprensión, paciencia y afecto son indispensables para posibilitar al recién llegado un «lugar» dentro del núcleo familiar y dentro de la sociedad. Aún cuando la mayoría de ex-presos vivieron en condiciones precarias antes de entrar a la cárcel, la experiencia de la reclusión es única. Como me comentó Cipriano:

La experiencia de estar en la cárcel es la experiencia de la sobrevivencia. El que no come en la cárcel es porque no sabe caminar en la calle. Es decir, puedes hacer cualquier servicio para comer porque la institución no cumple con su tarea de darte la comida. No sólo necesitas generar dinero para comer, sino también para pasar la lista, depende del reclusorio. Por ejemplo: en el norte se pasan tres listas, en el oriente cuatro, y en el CERESOVA tres.

También es una experiencia única porque conoces a personas que tienen una manera diferente de sobrevivir, y te la comparten, por ejemplo: como generar dinero. Hay una diferencia de estar en la población (la cárcel en general) y de estar en los castigos (me refiero a los espacios), y en módulos de máxima seguridad; dormitorios acondicionados por los mismos presos porque no se les abre la celda en 15 días o hasta meses, y ahí es donde empieza la supervivencia para hacer una parrilla o para tener luz. Por supuesto para comer, no tenemos cacharros (trastos). En la cárcel vives también la experiencia de que te tienda la mano alguien cuando no tienes que comer porque te ve estirarla, porque te ve humillado. Y esta persona puede ser alguien que ni siquiera es de tu barrio, entonces aprendes a agradecer. (Cipriano, 30 años, 2011).

En relación a la construcción de identidad sobre la búsqueda de lo «otro» que está dentro de nosotros mismos, Brian escribió lo siguiente a partir de su propia experiencia de trabajo en el proyecto de Acompañamiento y Educación radical «la Lleca».



El segundo proceso de identidad que hemos visto en la cárcel, tiene que ver con la construcción de una identidad o más. A partir de una serie de aproximaciones a la identidad, y de como atraviesan estas reflexiones nuestro trabajo, y como le otorga un poder transformador. Es algo que sólo puedo hablarlo desde mi experiencia muy, muy personal y, en un sentido, único e irreversible.

Cuando llegué a trabajar en la cárcel me pasaron una serie de acontecimientos muy fuertes, pero sobre todo en la forma de la relación que yo tenía con los presos. Para llegar a donde trabajamos, «tenemos que caminar por una serie de pasillos bordeados por una malla de hierro que se extiende hasta el cielo, y caminamos a veces a través de pasillos llenos de personas como la calle a medio día, o a veces vacíos. Pero con gente o no, lo que sientes es una diferencia, que no perteneces a este lugar, que no es para ti, y entonces los que están o no están en los pasillos, ¿son como tú? ¿Son parte de ti? La experiencia de los pasillos es el primer paso a la identidad y al Otro».

Después de los pasillos llegamos al centro escolar y como siempre no había salones libres. Yo y mi grupo fuimos al pasto que está atrás de la escuela. Sentados allí, en un lugar que se parecía más a un parque que a un centro de reclusión, un lugarcito verdecito con una vista preciosa de tres colinas, y que cuando no hay tanto esmog puede incluso verse el Popo. Es decir, un lugar extrañísimo, pero por el contraste que da, hermoso. Sentados allá empezamos a hablar. Y lo que ocurrió me desbordó. No fue que nos sentimos distintos pero lo éramos. Es decir, lo que me pasó no resultó por la diferencia: fue otra cosa.

Lo que sentí los primeros días estando con ellos era una sensación de éxtasis, una sensación de que yo estaba enfrentándome conmigo mismo en una manera muy fuerte y muy fundamental. Lo que abrió el proyecto, era un espacio en donde era posible conocer al Otro y ver que ese reconocimiento del «otro» es la base de mi identidad. Lo que quiero decir, es que por estar en una situación tan precaria los chicos me enseñaron que la identidad concebida en su sentido más profundo, más límpido, pleno y humano, es lo que te da el «otro». Es estar en una relación cuidando al «otro», respondiendo a la llamada del «otro». En La Lleca trabajamos desde el afecto que quiere decir una manera muy, muy consciente de construir otro tipo de relación con los presos. Trabajamos desde ahí, porque el afecto es tabú: es transgresor en la cárcel. Y aunque yo sabía que trabajar así sería una experiencia muy fuerte, y pensé que estaba preparado para este día, no estaba preparado.

Intentaré ser más concreto: cuando llegué para la primera vez y empezamos a hablar, no sabía como entender la relación: no sabía lo que ellos estaban buscando en mí, no sabía lo que yo estaba buscando en ellos. No fue amistad, ni amor, ni un estereotipo, ni un sujeto, ni un objeto de estudio... En ese momento, el único punto de referencia que tenía para explicarme a mi mismo la relación era una relación de terapia. Y la relación que uno tiene con su terapeuta, que es una relación que no existe en el mundo real: alguien que sabe todo de ti pero no es tu amigo. Mi relación



con los chicos era parecida, llegamos a lo muy, muy profundo. Las conversaciones no eran de amigos pero hablábamos de todo, era un intercambio. Aquí, la forma de la relación no era terapéutica, se basó más en el amor y en un deseo de compartir, pero sí era una relación de otro mundo, de gente que viene de mundos completamente separados. No quiero decir otros mundos físicamente, adentro y afuera, sino ontológicamente, en términos de «ser», en términos de subjetividad: lo único que compartimos era un deseo de entender, probar, hablar, cuidar, ver, y jugar con el «otro» que estaba enfrente de nosotros. Pero la fuerza de este deseo era un shock. Y, según yo, era el shock de estar enfrentados con el «otro», con un ser tan extraño, tan alejado de la cotidianidad que nos desbordó y nos dio tantas ganas de hablar, de construir y de comprender.

Para concluir nos referiremos al tercer tipo de construcción de identidad que es el que otorga la institución. Hemos elegido hablar a partir de nuestra experiencia con el personal de las cárceles. Al principio del proyecto «La Lleca» le hicimos una entrevista a Lupita una compañera que es psicóloga y técnica penitenciaria sobre su relación con la población de los centros de reclusión. Nos habló de los internos (este es el nombre institucional que se les da a los presos por lo menos en la Ciudad de México) como aquellas personas que han cometido un delito y ya fueron juzgadas, y que, por lo tanto, ella como autoridad estaba para apoyarlos. Pero también nos mencionó que había personal y técnicos penitenciarios que marcaban una fuerte distancia con los presos, y que sólo los veían como delincuentes. En efecto la institución los señala y etiqueta como delincuentes. Para terminar citaremos el testimonio de Cipriano:

«Desde afuera a través de los medios de comunicación tú ya sabes que eres delincuente. También la educación de la calle, en el barrio se reproduce la idea de que somos delincuentes. Entonces cuando los técnicos y técnicas penitenciarias y personal de seguridad (policías) tienen la idea alimentada también por su educación en las instituciones y en los medios de comunicación, entonces su relación contigo está influenciada por estas ideas, son personas distantes, indiferentes e inhumanas. La mayoría de las y los técnicos penitenciarios son corruptos porque venden tu seguridad o trabajan con los custodios.

Ser delincuente para nosotros es un reconocimiento porque significa poder. Sin embargo, por otro lado significa que has sido excluido de la sociedad.

Cuando te llaman «delincuente» como hombre macho educado en una sociedad patriarcal no se nos es permitido denunciar la etiquetación dentro de la cárcel porque estarías formando parte de lo que en cana se llama «borregas» o comunicadores. Es decir, aquellos hombres presos que denuncian y que se quejan por el maltrato y negligencia del personal de la institución: administrativos, técnicas y técnicos penitenciarios, área jurídica y personal de seguridad (Cipriano, 30 años, 2011).



➤ Bibliografía:

Hernández, Fernando (1998-1999) *Consideraciones sobre el sujeto y la identidad en la educación escolar en Kikiriki*, España.

Luke, Carmen (comp.) (1999) *Feminismos y pedagogías en la vida cotidiana* Madrid. Morata.